

Dom Amand Sequestra, historiador del Monasterio de Besalú

Por José M.^o de Solá-Morales

Una circunstancia adversa para la iglesia gala, cual fué la sectaria ley de W. Rousseau-'Combes (1903), acarreó paradójicamente y por providencial designio unos años de esplendor espiritual para la villa de Besalú. Emigrados de Francia, a horcajadas de aquella ley y en evitación de tener que disolverse, los cincuenta y tantos monjes que formaban la comunidad del recién fundado monasterio de En-Calcat hallaron abierta hospitalidad en tierras de España, inicialmente en Parramón, en el frígido valle de Ribas (diócesis de Urgel)

Digamos como inciso y antes de proseguir en el relato del exilio de los buenos monjes, que la abadía de Saint-Benoit d'En-Calcat, sita en el Languedoc, entre Carcasona y Albi, en las afueras de la pequeña población de Dourgne, había sido tundada en 1890 por un benedictino del monasterio llamado de la Pierre-qui-Vire, mucho más al norte del país, allá por los confines de Sens; cuyo religioso era natural del mismo En-Calcat, y le plugo erigir el nuevo cenobio dentro de su propia hacienda, éste fué dom Romain Banquet, su primer abad (* 5-XII-1840, † 25-II-1929).

Salidos, pues, de Francia los componentes de la joven comunidad, con su abad dom Romain Banquet, habitaron en Parramón por espacio de cinco años, hasta que en octubre de 1908, llamados por el párroco y algunos prohombres de Besalú, con el beneplácito del obispo, fueron a establecerse en la condal villa. No extinguido el recuerdo de la orden que durante más de ocho siglos constituyera el máximo centro religioso-cultural de la comarca, recibió el pueblo gozosamente el renacer de aquel cenobio de San Pedro, abandonado desde 1835.

El paso por Besalú de la comunidad benedictina de En-Calcat, con una permanencia en la villa de casi cuatro lustros, dejó honda huella. En el campo litúrgico se hizo famosa la Semana de Canto Gregoriano, de 1916, que presidiera el prelado diocesano Dr. Mas. Algunos religiosos dedicaron sus conocimientos a más modesta labor: la industria de extractos. Y hubo



Una de las últimas fotos del ilustre benedictino, recientemente fallecido

también, entre los monjes, un buen discípulo de Mabillon, cultivador de la investigación histórica.

* * *

Difícil empeño sería querer diseñar con justeza la semblanza de dom Amand Séquestra para quien sólo cuenta, como fuentes de conocimiento, con un legajo de correspondencia suya y un breve diálogo epistolar de última hora, amén de los cortos pero precisos datos suministrados gentilmente por dom Etienne Rossignol, uno de los monjes que convivieron con dom Séquestra desde los años de Besalú hasta el final de su vida. Posiblemente haya todavía muchos bisildunenses que debieron haber tratado al P. Amand y pudieran ampliar con curiosos pormenores las notas biográficas que se dan a continuación.

Dom Amand había nacido en Lacour (a los 22-IX-1873), un pueblecito del distrito de Moissac, nombre este último lleno de resonancias para nosotros por su célebre monasterio, tan vinculado históricamente a las tierras gerundenses (Camprodón). Se nos antoja que el ambiente rural de su origen imprimió al P. Amand una de las características de su personalidad. Parece ser que el trabajo agrícola fué acaso la más cara de sus ocupaciones, en la que se mostró experto. Vocación religiosa tardía. No entró en la abadía de En-Calcat hasta los veinticinco años (en 1898), después de haber estado en Inglaterra recibiendo adecuada preparación en instituto dedicado justamente a las vocaciones tardías. Y su ordenación sacerdotal acaeció ya en el exilio, en Parramón, a los 20-VI-1907.

Nos confiamos al P. Etienne, traduciendo sus palabras: “Toda su vida, humilde, muy regular, estuvo dividida —además del rezo en el coro— entre el estudio y el trabajo en el jardín o en el huerto. Metódico, cuidadoso, infatigable, no dejaba nunca el trabajo, ya fuera del espíritu, ya manual. Después de aquella estancia de cinco años en Parramón, Besalú fué para él como una revelación. En seguida se sintió ligado a este país, aprendió el idioma y fué de una curiosidad insaciable sobre cuanto se refiriera a la historia y a los orígenes de su querido Besalú.”

En 1920, a guisa de ensayo y a través de la *Fulla Dominical* (en 24 números), lanzó a la imprenta un extracto o *Compendi històric de Sant Pere de Besalú*. Pero su verdadera obra, la que no desconoce nadie que se haya medianamente adentrado en el estudio de la antigua villa condal, es la intitulada *Sant Pere de Besalú, Abadía Real de la Congregación Benedictina Claustral Tarraconense (977-1835)*. Se trata de un volumen en 8.º, de cerca doscientas páginas, con varias ilustraciones, libro que tomó a su cargo editar y que, a la vez, prologó con correcta prosa, otro hombre de afines dedicaciones, fuertemente enraizado a su solar natal y tan modesto como el P. Amand: nos referimos a Pedro Vayreda, el autor de *El Priorat de Lladó i les seves filials*. Curiosamente —y tómesese buena nota de esta circunstancia— la historia de la abadía de San Pedro de Besalú salió a luz en 1934, o sea, muchos años



Ventana de la fachada principal de San Pedro de Besalú



Conjunto de la villa condal bisildunense, con el famoso puente sobre el río Fluvià

después del regreso del último de sus monjes a la abadía de En-Calcat. La edición fué laboriosa; en 1933 se lamentaba el P. Amand, desde En-Calcat, de que transcurridos ya más de cinco años de la entrega del trabajo, todavía no se pusiera término a la impresión.

La arquitectura de la obra nos la explica con exactitud y con ejemplar honradez el propio P. Amand en unas concisas advertencias proemiales. El armazón del texto lo constituye bibliografía. De esta bibliografía (cuya relación se ofrece), cabe destacar como básica la producción de Monsalvatje y la de aquellos autores ya citados o utilizados por Monsalvatje (*España Sagrada*, *Viaje literario* de Villanueva, *Marca Hispánica*, *Crónica* de Pujades, etc.), a los que deben añadirse nombres benedictinos (PP. Yepes, Tristany, Vega, Crusellas, Mabillon), o simplemente franceses (Gazanyola y Mariou-Darras). Sobre este tupido cañamazo de estructura bibliográfica, está montada la parte más reducida, pero la más valiosa, la verdaderamente interesante del libro del P. Séquestra: aquellas noticias inéditas, que no son pocas, sacadas de documentos originales de procedencia varia, principalmente del antiguo archivo del cenobio de San Pedro de Besalú que tuvo la fortuna de poder examinar el P. Amand, archivo parcialmente salvado en 1835 por el monje fray Joaquín de Noguer y llevado a su casa solariega de Sagaró (Beuda). De no menor novedad resultan los capítulos finales del libro, comprensivos de la supresión del monasterio en 1835 a su resurrección en 1909.

La amplitud geográfica del tema tratado abarca desde la comarca de Olot a pueblos pertenecientes al Ampurdán, dentro cuya extensa demarcación ejercía señorío el monasterio.

El estilo es llano, sencillo, sin pretensión literaria. Si algún reparo pudiera oponerse a la obra, desde el punto de vista de la metodología histórica moderna, sería de mínima importancia. Pulcro, honesto en su labor, dom Séquestra se hace suya la recomendación de Mabillon: "Sed verídicos en todo."

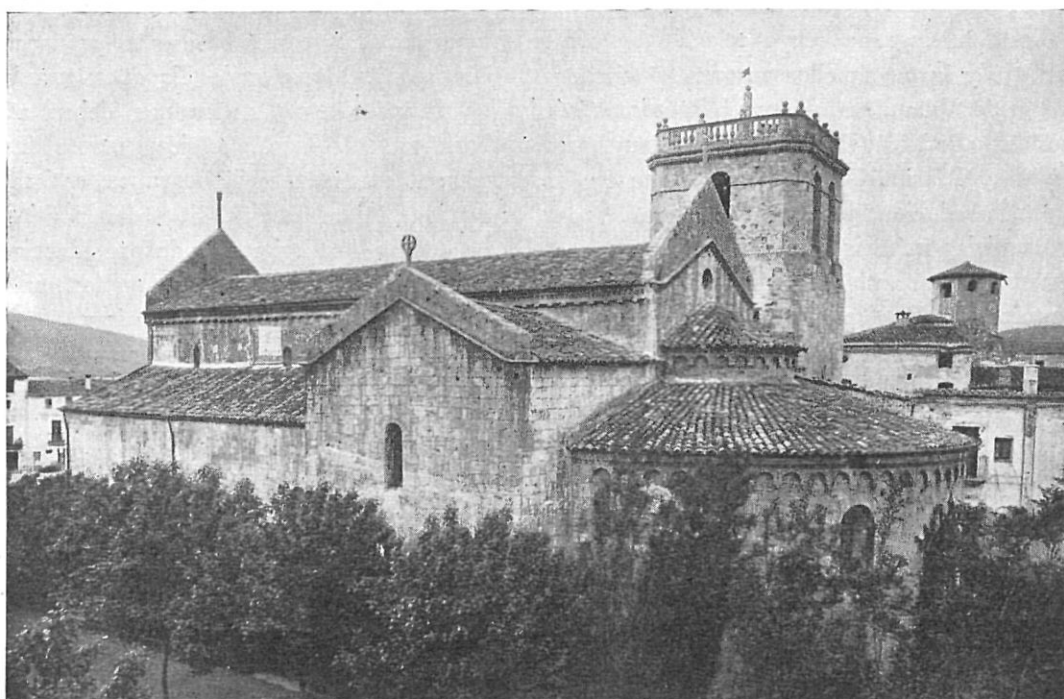
Y con estas sucintas acotaciones queda hecho el elogio del libro — único libro — que dejara publicado el humilde monje de En-Calcat, bisildunense por afección.

Los benedictinos ausentáronse de Besalú de manera escalonada. Primero fueron las jóvenes promociones, movilizadas durante la guerra de 1914-19. Treinta y tres de sus individuos regresaron a Francia, cayendo diez de ellos en los campos de batalla. El abad dom Romain, al término de la conflagración, trató de reagrupar la comunidad en En-Calcat, comenzando la que llamó segunda fundación. "Nuestro" dom Séquestra fué de los últimos en abandonar Besalú, con dieciocho años de residencia en su haber. En 1928 la histórica villa quedaba de nuevo desierta de monjes.

Ello no obstante, en el cenobio de En-Calcat perviviría la hospitalaria villa gerundense, no sólo *in mente*, cuanto más a través de algo tangible y singular. Pequeños fragmentos de las reliquias de los patronos de Besalú, los santos Primo, Feliciano y otros mártires, con la anuencia del prelado diocesano Dr. Mas Oliver, serían transferidos a la capilla de la abadía de Saint-Benoit. Capilla que más tarde quedaría reemplazada por grandiosa y riquísima iglesia (consagrada en 1935), en cuya construcción manos bisildunenses pondrían también su parte, y en cuya ideación el románico ábside del monasterio de San Pedro, con su característica girola, serviría de modelo.

El cable que unía Besalú con En-Calcat nunca cedió. Fué el P. Amand Séquestra quien más tenso lo mantuvo. "*Tan sovint parlo de Besalú, que me dihuen "català" els meus germans!*", exclamaba, chanceándose, el simpático monje. Y cuando larga enfermedad hizo presa de él; mientras sentado en su sillón de inválido, reunía — tocado del afán coleccionista — exquisito repertorio iconográfico mariano; y en tanto se gozaba contemplando el florecer de la comunidad, que ahora rebasaba ya los cien religiosos; con nostalgia volvía sus pensamientos al añorado Besalú y escribía dilatadas epístolas, "*car il est resté étonnement attaché à sa chère Catalogne, et à Besalu, et à ses amis, le bon Père Amand!*", repite su compañero fray Etienne. E instaba, con interés, detalles de la evolución de la villa, de lo bueno y de lo malo, en los órdenes espiritual y temporal. Tenía noticia de todo. Seguía las reformas urbanas, los cambios familiares de los vecinos. Sabía de los más recientes aconteceres; de la fundación de esta entidad llamada de los "Amigos"... (*Penso à Besalú cada dia; la nostra Yglesia en es un recort*"), escribía con su catalán afrancesado, aludiendo a las reliquias de los mártires y a la parcial estructura del templo galo, reminiscencia del bisildunense. Fué aquélla su última carta, fechada en 9 de noviembre de 1959. El día 20 se dormía en la paz del Señor.

Quien tan entrañablemente vinculado a nuestra tierra se mostrara, a la que legó cuanto de mejor pudiera darle, el fruto de sus pacientes investigaciones llevadas con admirable devoción, bien merece el modesto homenaje póstumo de destacar su nombre en letras de sentida gratitud.



Vista exterior del templo benedictino